



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Ensayo:

“Masculinidad hegemónica y procesos identificadorios en la adolescencia”

Autora: Romano, Camila

Legajo: R- 5067/9

Docente responsable: Vallejo, Soledad

Año: 2020

Agradecimientos

Un especial agradecimiento a mi familia que me acompañó desde el inicio, siendo un sostén irremplazable y sumamente valioso para mí. A mis compañeros y futuros/as colegas que me brindaron su tiempo, palabras y escucha paciente. Y al espacio TIF que permitió la apertura respecto a interrogantes que habitaban en mí e hicieron posible que quedaran plasmados en este escrito.

Índice

- Resumen y palabras clave.....	pág.
3 - Introducción.....	
pág. 4 - Desarrollo	
. Alianzas y rupturas en la Adolescencia.....	pág. 6
. Identificación: Un trayecto a recorrer.....	pág. 7
. Identificación e identidad en la adolescencia.....	pág. 9 .
Pasen y vean: Espectáculos donde asumir la masculinidad.....	pág. 10
- Reflexiones Finales	pág.
16 - Referencias bibliográficas.....	
pág. 17	

Resumen

El presente ensayo aborda la construcción, asunción y sostenimiento de masculinidades hegemónicas en la vinculación con los grupos de pares durante el tránsito de la adolescencia. Es el ejercicio de este escrito rastrear desde la especificidad de la disciplina psicológica, y a partir del aporte de teorías contemporáneas de género, el funcionamiento de prácticas y lógicas patriarcales que se ponen en juego en un escenario grupal para asumir una identidad de género masculina normativa.

Se plantea un recorrido por el tránsito de la adolescencia para pensar allí la relevancia de los ámbitos extra-familiares en relación al ofrecimiento de nuevos modelos identificatorios. Se piensa la identidad de género como el resultado de un entramado complejo y específicamente la identidad masculina como una mostración permanente frente a la amenaza de la pérdida.

A través de los aportes interdisciplinarios se analiza una problemática que insiste en los grupos de pares en la adolescencia y que promueve la asunción de una masculinidad heteronormativa, binaria y sexista. El resultado es un recorrido que permite ensayar algunas respuestas a las preguntas planteadas, sin saldar una temática que debe seguir siendo profundizada.

Palabras claves: Adolescencia – Identificación – Masculinidad – Estereotipos de Género

3

Introducción

El auge del movimiento feminista de los últimos tiempos ha permitido visibilizar modos de reproducción de masculinidades hegemónicas que se encuentran arraigadas a un mandato patriarcal de sometimiento.

Desde nuestra disciplina no podemos mantenernos ajenos a las problemáticas vigentes en materia de género. Será necesario entonces articular un campo social que no se encuentre ajeno al psicológico e individual. Por lo tanto, los enunciados que guiarán este trabajo tienen su anclaje en teorizaciones psicoanalíticas, como así también en teorías contemporáneas de género.

El objetivo del ensayo es realizar tanto un análisis como una reflexión respecto a las prácticas y lógicas en las que se fundamentan la construcción y el sostenimiento de masculinidades en los escenarios grupales durante el tránsito de la adolescencia, período en el cual son ofrecidos nuevos modelos identificatorios que cobran gran relevancia.

Luis Hornstein (2011b) nos invita a pensar la identificación en clave de „trayectos identificatorios“ lo cual significa que ésta no se presenta como una fotografía, de

manera instantánea, sino que se trata de un proceso que dura toda la vida, en donde el yo a medida que se va construyendo incorpora rasgos y cualidades de los objetos.

Entendiendo al yo como una suma integrada de identificaciones, es pertinente preguntarnos en relación a las identificaciones que se generan en la adolescencia y los efectos de las mismas en función de poner en tensión dicho concepto con las teorías contemporáneas de género.

En este sentido es posible instalar una pregunta en relación a qué función cumplen esos otros semejantes en la asunción y sostenimiento de masculinidades normativas, las cuales se asumen sin posibilidad de ser sometidas a críticas y cuestionamientos, respondiendo consecuentemente a estructuras estereotipadas.

A los fines de esta investigación se vuelve tarea necesaria indagar sobre los estereotipos de género contruidos socialmente, y para ello es sumamente necesario rastrear las influencias de un sistema de pensamiento hegemónico que condiciona y determina la manera en el que el sexo masculino debe sostenerse y asumirse.

Juan Carlos Volnovich (2000) alerta y enfatiza que el varón se siente atormentado por un imperativo social de rendimiento viril que incide en la pubertad y la adolescencia de los varones, no teniendo un carácter confortable como generalmente se le atribuye, ya que recaen sobre él ciertos requerimientos que condicionan su posicionamiento subjetivo.

La hipótesis de este trabajo se centra en que es en el escenario de lo grupal, en esa mostración frente a otros de género masculino donde se asume y sostiene la masculinidad; es en ese vínculo con el otro en donde se otorgan los títulos de la virilidad, pero para ello es necesario responder a ciertos mandatos patriarcales que abran camino hacia la asunción de una masculinidad hegemónica.

En este sentido, el reconocimiento del otro, ese vínculo entre pares mediado por un mundo simbólico, es fundamental para arribar a una identidad de género masculina; reconocimiento particular que nos llevará a indagar sobre el concepto de „homosocialidad“. desarrollado por el sociólogo Michael Kimmel (1997), como un espacio de masculinización en donde se plantean pruebas de masculinidad.

Pareciera que no es suficiente asumir cierta identidad masculina frente a la mirada de otros varones: el miedo a la pérdida de reconocimiento se presenta de manera constante y, por lo tanto, se someten a pruebas y superación de desafíos que, muchas veces, exigen incluso contemplar la posibilidad de la muerte. “Como este estatus se adquiere, se conquista, existe el riesgo constante de perderlo y, por lo tanto, es preciso asegurarlo y restaurarlo diariamente” (Segato, 2003, p.38). Se trata, en suma, de una violencia de tipo silenciosa que se ejerce a través del mundo simbólico: un estilo de vida, una manera de hablar y comportarse, un modo de posicionarse frente a los otros, etc.

El grupo de varones, por lo tanto, no se presenta simplemente como un espacio de reconocimiento y encuentro, sino que implica, además, poner en práctica cierta violencia para seguir formando parte de ese grupo y sostener los mandatos de una

4

masculinidad hegemónica.

El movimiento feminista de los últimos años ha puesto en jaque aquellas prácticas machistas y patriarcales que se desenvuelven en los distintos ámbitos sociales, viéndose interpeladas las categorías de masculinidad y género. Resulta, por lo tanto, interesante poder reflexionar acerca de aquellas prácticas y lógicas grupales reproductoras de masculinidades hegemónicas en función de realizar aportes teóricos que allanen el camino hacia la deconstrucción de estereotipos de género y hacia la asunción de masculinidades que se encuentren por fuera de lógicas normativas y de subordinación. .

Desarrollo*Alianzas y rupturas en la Adolescencia*

Pensar la adolescencia nos lleva a rastrear múltiples definiciones de diferentes índoles epistemológicas. Nos encontramos con argumentos biologicistas que determinan el inicio de la pubertad a partir de ciertos cambios visibles en el cuerpo como así también con posicionamientos en donde la determinación socio histórica cobra gran relevancia en

el período de la adolescencia.

Firpo (2013) plantea que el adolescente se encuentra entre la salida de ese terremoto puberal y la entrada a un tembladeral social, en donde debe sustraerse de la familia, produciendo un nuevo lugar en la cultura y generando un lugar subjetivo en esa metamorfosis social.

El término „adolescencia“, por lo tanto, no se agota en lo meramente biológico; comprende la suma total de las modificaciones que se producen en un período de cierta vulnerabilidad yoica frente a los cambios de distintos órdenes que se presentan. El terreno a conquistar se expande por fuera de los límites familiares.

El hecho de establecer un rango etario en relación al período de la adolescencia no nos aportará ninguna riqueza en el análisis ya que desde, el posicionamiento de este ensayo, se la considera como una especie de travesía, es decir, que no pertenece a una edad específica y estereotipada, sino más bien es percibida como una etapa a transitar y recorrer que se presenta en un camino turbulento en el cual se pierden ciertas alianzas para dar lugar a otras nuevas.

La posibilidad de pensar la adolescencia como un camino a transitar permite que nos detengamos en las características y eventos propios de este período. Dicho posicionamiento no implica que no pueda ser leída, a su vez, como una instancia de ruptura y pasaje. Es decir, la adolescencia es una instancia, un modo de ser y estar y también un devenir hacia la adultez. Le Breton (2003) señala:

En nuestras sociedades occidentales, la adolescencia es un momento de ruptura, de metamorfosis, el comienzo de una entrada delicada a una edad adulta de hombre o de mujer cuyos contornos siguen siendo poco precisos. La infancia se aleja como un paraíso perdido y un tiempo sin equívocos. (p.25).

El tránsito de la adolescencia también debe ser considerado como la posibilidad de encontrarse con nuevas oportunidades, de darle lugar a nuevas reediciones. Si bien no hay que perder de vista los inicios del sujeto, es importante no tener una mirada determinista y concebir a la adolescencia como una instancia de apertura.

Firpo (2013) retoma los aportes de Ricardo Rodulfo en relación a los trabajos a realizar en el tránsito de la adolescencia y nombra a modo de síntesis seis puntos que no deben leerse a modo clasificatorio sino de manera entramada: 1) realizar un pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar, 2) favorecer a que el acento se desplace del yo ideal al ideal del yo, 3) producir un pasaje de lo fálico a lo genital, 4) abandonar la identidad construida en la niñez junto a los padres, 5) habilitar el pasaje del jugar al trabajar, 6) permitir el pasaje del desplazamiento a la sustitución particularmente en términos de elección de objeto desde el sepultamiento del Edipo.

Muchos de los enunciados sobre los cuales el yo se sostenía se ponen en cuestión y se emprende un camino hacia nuevos discursos, ya que los de la infancia resultan insuficientes. De este modo, esos Otros primarios, que eran portadores de un discurso totalizador sobre él - las figuras parentales-, ya no tienen todas las respuestas y caen también del lugar de ideal. Freud (1985) conceptualiza esta conflictiva como el „desasimiento de la autoridad parental“ y lo destaca como uno de los más dolorosos y, al mismo tiempo, más importantes logros psíquicos de la pubertad.

El pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar es un punto a profundizar y a desarrollar en el ejercicio de este ensayo con la intención de analizar los cambios en el comportamiento y pensamiento de los adolescentes a la hora de habitar estos nuevos escenarios.

Identificación: un trayecto a recorrer

“El jugar a ser otro será con otros y estará movido por ideales, ilusiones y fantasías como propiedad de un yo que empieza a construir su propio proyecto identificadorio” (Palazzini, 2008, p.146)

Pensar la asunción de la identidad sexual en la adolescencia nos lleva a sumergirnos previamente en el concepto de identificación, el cual nos trae esclarecimiento en la comprensión del desarrollo y la organización del sujeto. Me interesa resaltar especialmente el carácter de „trayecto“, ya que nos permite pensarlo como algo a construir en el tiempo y no como un momento estático y delimitado.

Freud (1997), define la identificación muy claramente y sin rodeos, ubicándola como “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (p.99). Dicha cita la podemos rastrear en el capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo*, capítulo breve y sumamente relevante que ha sido re TRABAJADO por otros autores en diversas oportunidades dando lugar a nuevas ideas originales, como por ejemplo la distinción de tres tipos de identificaciones: primaria o por incorporación, por introyección o al rasgo, y por infección psíquica o proyección.

La identificación primaria, o también referenciada como por incorporación, podemos pensarla como la que abre paso al ingreso a la cultura, siendo la posibilitadora de las demás identificaciones y anterior a toda elección de objeto. En palabras de Freud (1997):

“Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo. El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre, querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos sus terrenos. Digamos simplemente: toma al padre como su ideal” (p.99). Es necesario detenernos en esta cita, ya que allí queda explicitada la diferenciación entre la elección de objeto que se vincula con el „tener“ y la identificación que se relaciona con „ser“ el objeto.

La identificación primaria sería, pues, un proceso de incorporación en el yo de la imagen del padre, al que toma como modelo ideal. El niño quiere „ser“ como el padre a diferencia de querer „tener“ al padre, lo cual conllevaría a una elección de objeto homosexual.

La identificación con el padre se presenta de manera ambivalente; es capaz de expresar ternura o deseos de eliminación. Comportándose como un retoño de la fase oral, el objeto anhelado y apreciado es devorado y aniquilado (Freud, 1997). Dicho planteamiento teórico es posible articularlo con otros de los escritos del padre del psicoanálisis: *Totem y Tabú*, en donde compara la psicología de los pueblos primitivos con la psicología del neurótico y hace referencia a un clan perteneciente a una tribu, que mata cruelmente y devora al animal totémico. “La actitud ambivalente de sentimientos que caracteriza todavía hoy al complejo paterno en nuestros niños, y prosigue a menudo en la vida de los adultos, se extendería también al animal totémico, sustituto del padre” (Freud, 1991, p.143).

La horda primordial darwiniana es referenciada también en *Totem y tabú*, en donde los hermanos se unen y llevan a cabo el asesinato del padre, el cual es un padre odiado y amado a la vez y en el acto de la devoración consumaban la identificación con él. Esta analogía nos brinda claridad a la hora de comprender a la identificación primaria sobre las bases de un modelo de incorporación oral canibalística.

Es relevante situar que la identificación primaria es un proceso simultáneo al narcisismo primario y a la constitución del yo ideal, lugar del cual debe emigrar para poder darle paso al ideal del yo. La libido del yo abandona su narcisismo para dirigirse a su primer objeto sexual, generalmente la madre.

Al atravesar el complejo de Edipo se observa entonces una actitud ambivalente hacia el padre y una aspiración tierna hacia la madre, y con la demolición del mismo a partir de la amenaza de castración se abre paso a la resignación de la investidura de objeto de la madre y a la identificación-padre, dando lugar a su vez a la conformación del Ideal del Yo y Superyó.

Freud (1992b) en su escrito *El Yo y el Ello* sitúa: “El carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto” (p.31). Dicho esclarecimiento es fundamental para comprender que la identificación cumple un lugar central respecto al modo de resignificar los objetos sexuales resignados ocasionando determinaciones en la constitución del yo.

La identificación-padre que se produce a partir de la demolición del Complejo de Edipo nos permite ubicar a la identificación como el modo en el que yo resigna los objetos, es decir, al tener que resignar la investidura de objeto de la madre los dos únicos caminos posibles son vía la identificación: con la madre o con el padre. Éste último es el considerado como „normal” para el padre del psicoanálisis. “De tal modo, la masculinidad experimentaría una reafirmación en el carácter del varón por obra del sepultamiento de Edipo” (Freud, 1992b, p.34).

Ahora bien, ¿es el padre el primer modelo masculino que se presenta como ideal? ¿Será este un primer acercamiento hacia la identidad de género masculina? ¿Qué marcas dejarán en el sujeto esta primera identificación en relación a la conformación de una identidad sexual en la adolescencia?

Es posible que las identificaciones del niño con el padre no sólo ubiquen a la madre como objeto sexual y al padre como rival, sino a su ser en general como hombre, es decir, su género en un sentido de masculinidad más amplio y general.

Freud (1997) define otros dos tipos de identificación en *Psicología de las masas y análisis del yo*. La identificación por introyección hace referencia a la formación neurótica del síntoma, allí sitúa: “en estas identificaciones el yo copia en un caso a la persona no amada, y en el otro a la persona amada” (p.101). En el caso de la identificación con la persona no amada, se busca reemplazarla, ocupar su lugar, mientras que en la identificación de la persona amada “la identificación reemplaza a la elección de objeto; la elección de objeto ha regresado hasta la identificación” (Freud, 1997, p.100). Es importante aclarar que tanto en una como en la otra, la identificación es parcial, tomando un único rasgo del objeto.

Finalmente podemos ubicar la identificación por infección psíquica o por proyección, en donde no hay una relación de objeto con la persona copiada. El mecanismo se caracteriza por “la base de poder o querer ponerse en la misma situación” (Freud, 1997, p.101). Se trata de una identificación de yo a yo en relación a un punto de semejanza.

El recorrido de estos escritos freudianos permiten visualizar que el proceso identificatorio es esencial en la formación del yo, del superyó, del ideal del yo y de la identidad. La constitución del yo será vehiculizada a partir del encuentro con otros que se ofrecen como modelos identificatorios a lo largo de la vida, tomando rasgos de unos y de otros. Se trata de un proceso por el cual un sujeto asimila un aspecto o atributo de otro produciendo una transformación parcial.

A medida que el yo se va construyendo incorpora rasgos y cualidades de los objetos. El yo es la resultante de diversas transformaciones en donde el psiquismo permanece abierto hacia el mundo interior y exterior. La historia identificatoria se visualiza como un trayecto en donde los deseos y discursos de los padres, los cuales son portavoces de la cultura, son a su vez productores de la subjetividad. El yo, no es más ni menos, que la

suma de identificaciones (Hornstein, 2011b).

8

Podemos pensar al proceso de constitución del yo como un lienzo en blanco que se encuentra disponible para recibir distintas pinceladas, las cuales se sumergen previamente en la más variada paleta de colores para intentar organizar un nuevo paisaje, único e irreproducible. Hablamos de una obra en proceso, que puede ser modificada o no en relación a un boceto inicial y que irá tomando diferentes formas y sentidos a partir de la intervención exterior.

Identificación e identidad en la adolescencia

“Los pájaros cuando mudan de plumaje son desdichados. Los seres humanos también mudan en el momento de la adolescencia y sus plumas son plumas prestadas; se dice a menudo que el adolescente que comienza a perder sus antiguas identificaciones toma el aspecto de algo prestado” (Mannoni, O.1991, pág. 26).

Podemos referenciar a la adolescencia como categoría que indica, desde el punto de vista de la constitución psíquica, un tiempo en el que se presenta la asunción de una identidad sexual más o menos estable, y la recomposición de las formas de identificación, las cuales se desenlazan de aquellas propuestas originarias de los adultos significativos de la primera infancia para abrirse a modelos intergeneracionales (Bleichmar, 2005).

Pienso en ese pasaje, en ese tránsito adolescente, en donde las „plumas prestadas“ no son las mismas que las de la infancia, y en la situación de desvalimiento en la que se encuentra el sujeto a partir del atravesamiento de un proceso de recomposición psíquica.

Silvia Bleichmar (2005), en este sentido, va a considerar dos tipos de procesos que se dan en la adolescencia. En sus palabras: “Aquellos que determinan los modos de concreción de las tareas vinculadas a la sexualidad, por una parte, y los que remiten a la deconstrucción de propuestas originarias y a la reformulación de ideales” (p.58).

Si bien la autora los plantea como dos procesos fácilmente distinguibles y con características propias, personalmente no veo más que procesos que se determinan unos a otros. Es decir, que la asunción de la identidad sexual se ve influenciada, o mejor dicho, asumida a partir de la reformulación de ideales y de la recomposición de las formas de identificación. Esclareciendo aún más mi pensamiento, diría que el trayecto identificatorio no sólo posibilitará la constitución de un yo sino también la constitución de una identidad sexual.

La identificación se revela como la operación fundamental que origina las condiciones para instituir subjetividad y sienta las bases para afirmar la identidad en tanto conjunto de enunciados en los que el sujeto se reconoce a sí mismo (Bleichmar, 1995).

En el recorrido de este ensayo nos detendremos a reflexionar en relación a los grupos de género masculino y a la construcción de la identidad sexual masculina en los tiempos turbulentos de la adolescencia, en donde los modelos identificatorios de la sexualidad no circulan específicamente en las figuras del entorno inmediato sino en los otros semejantes.

¿Es posible pensar la identidad de género por fuera de términos relacionales? Si bien la identidad de género está atravesada por un complejo ensamblaje en el cual participan los vínculos primarios y secundarios, considero que tanto lo femenino como lo masculino se encuentra influenciado por un sistema de pensamiento hegemónico que señala y condiciona la manera en que los hombres y las mujeres deben actuar para

percibirse como tales, asumiendo roles estereotipados otorgados por la cultura. “La masculinidad en tanto posición sexuada, así como la feminidad, son construcciones subjetivas en donde se entran mandatos sociales, culturales, familiares, que confluyen en historias singulares y en el propio devenir del sujeto” (Fernández Boccardo, 2018, p.34).

9

Las exigencias, mandatos y prohibiciones otorgadas a la masculinidad contemporánea moldea las subjetividades y establece ciertos parámetros y caminos por los cuales se espera que el sujeto atraviese en pos de sostener roles estereotipados que no alteren el orden social. Desde esta perspectiva, es posible pensar al género como un dispositivo de poder, en donde no se trata de una decisión individual sino de una causalidad compleja.

Butler (2006) aporta reflexiones centrales en la comprensión del género. Sus conceptualizaciones giran en torno a concebir al género dentro de ciertos parámetros culturales, es decir como una construcción cultural. En sus palabras: "Comprender el género como una categoría histórica es aceptar que el género, entendido como una forma cultural de configurar el cuerpo, está abierto a su continua reforma, y que la «anatomía» y el «sexo» no existen sin un marco cultural" (Butler, 2006, p.25).

Se hace posible pensar, entonces, la identidad de género con un modo de funcionamiento normativo y regulativo que opera como sistema de control y moldeamiento de las subjetividades en donde los individuos se encuentran respondiendo a ciertos patrones establecidos de manera arbitraria.

Hornstein (2011a) plantea que los varones son criados en pos de ser exitosos y restringir la expresión de las emociones. Deben controlarse y ser fuertes con las adversidades sin demostrar lo que sienten. La agresión es el modo forzado que se les impone para expresarse.

En este punto quisiera detenerme para poder esbozar un intento de respuesta respecto a la expresión excesiva, sin bordes, en las cuales se evidencian estas escenas agresivas en las masculinidades hegemónicas en nuestra sociedad contemporánea.

Indagar más allá (o más acá) de la situación grupal/social, permite que nos adentremos en aquellas características singulares en las cuales el sujeto emerge. Me pregunto si es posible asociar esta agresividad, este pasaje al acto sin mediación de un orden simbólico, a un modo de estructuración psíquica que se ha encontrado con carencias respecto a la posibilidad de construir legalidades.

Desde esta perspectiva, la responsabilidad no queda únicamente asignada a un rol social sino también a una responsabilidad parental. ¿Qué vigencia tiene en la sociedad actual la función paterna? ¿Qué espacio queda para la transmisión de la Ley en una sociedad que apenas nos habilita a un cruce de palabras durante el horario de la cena?

La sociedad capitalista y demandante de productividad en la cual habitamos deja poco espacio para la construcción de legalidades y decanta en relaciones simétricas entre adultos y jóvenes, las cuales implican una falta de responsabilidad, y no de autoridad, por parte de los adultos en la asunción de roles.

Las fallas que encontramos en la función del padre ejercida por los adultos conllevan a la caída de recursos simbólicos y a la pérdida de regulación de la pulsión, manifestándose en los modos de enlace con lo social.

Pasen y vean: Espectáculos donde asumir la masculinidad

En la actualidad se siguen sosteniendo y reproduciendo discursos que equiparan sexo y género. Es por eso que resulta indispensable desarticular ciertas frases hechas y entender que el género no responde a diferencias naturales, sino a construcciones culturales en relación a nuestras formas de actuar, de ser, y de sentir. Estos „mandamientos“ producen un modo particular de socialización de género. Es decir, de las formas en que nos educan respecto a lo que es masculino o femenino según la cultura y el momento histórico.

La socialización de género es un proceso que se da durante toda la vida y en todos los ámbitos en los que una persona se mueve: la escuela, los medios, las familias, los grupos de amigos. En este último ámbito haremos foco de ahora en más, sin por eso

10

restarle importancia al resto de los ámbitos que generan también fuertes efectos en la transmisión de estereotipos de género.

En el grupo de pares varones la socialización de género se presenta de manera opresiva condicionando a los sujetos a desear ciertas cosas y a rechazar otras, a expresarse y actuar con un guión preestablecido.

En estas lógicas patriarcales, se evidencia un modo de masculinidad que ofrece modelos identificatorios para la constitución de la identidad sexual. Nacer, crecer y ser educados en un contexto marcado por el peso del patriarcado tiene su precio.

¿Cómo articular los efectos de las exigencias sociales en la constitución de la identidad masculina sin desestimar la función del otro como pilar fundamental para el Psicoanálisis? Si bien el diálogo con la sociología y antropología nos ha permitido interrogarnos y abordar la complejidad de la temática, es mediante las teorizaciones psicoanalíticas que podremos dilucidar o abrir caminos aún más esclarecedores. Sabemos que para el recién nacido las figuras parentales son los únicos espejos en los que se mira, sosteniéndose de los enunciados identificatorios que recibe en ese encuentro. En el tránsito de la niñez a la adolescencia, el yo se presenta de un modo inestable al establecer un quiebre con aquellas relaciones primarias; será necesario el encuentro con otros espejos que lo ayuden a transitar su proyecto identificatorio.

Freud (1997), ya en 1921, afirma que: “En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo” (p.67). El hecho de estar inmersos en una cultura hace que la presencia del otro quede inscripta en nosotros de manera inevitable, de modo que el sujeto no puede prescindir de sus vínculos con otros para constituirse como tal.

Etimológicamente la palabra „vínculo“ (del latín *vincŭlum*) remite a unión, relación o atadura de una persona o cosa con otra. Por lo tanto, dos sujetos que se encuentran vinculados están unidos, encadenados, dejando marcas en el orden de lo simbólico. Estos otros con los cuales los sujetos se vinculan cuentan con distintas formas según Freud, y en el plano de la identidad de género masculina se vuelve significativo esclarecer mediante algunos ejemplos los modos en el que el otro es funcional para la asunción de aquella masculinidad establecida en la adolescencia.

El adolescente se encuentra atravesando una vulnerabilidad yoica plagada de preguntas y vacilaciones, e irá en busca de todo aquello que lo aparte de la angustiada incertidumbre y le permita constituir una identidad. ¿Qué es la masculinidad? ¿Cómo se ejerce? ¿Cómo se sostiene? Las respuestas en relación a estas preguntas suelen ser brindadas por otros pares varones que se presentan para el sujeto como modelo, sosteniéndose en ideales masculinos heteronormativos y patriarcales.

Allí podemos situar al otro como modelo, o como ideal, mediante la observación de ciertos rituales y mandamientos cumplidos en el seno de una grupalidad constituida por miembros masculinos en donde se reproducen casi de manera automática prácticas que pocas veces son cuestionadas. Simplemente se actúa en función de imitar a ese otro

ideal, que parece contar con el saber de qué es ser un hombre.

Las lógicas en las que se sostienen estas prácticas en el grupo de pares de varones no pueden ser pensadas por fuera de un sistema patriarcal que reproduce modos de dominación y sometimiento. Ideología que se sustenta en una lógica binaria: cuerpo/mujer, cuerpo/hombre y, en relación a este último, en un modelo de hombre poderoso, autosuficiente, superior, viril.

Innumerables son los ejemplos de los rituales de iniciación que se dan en los distintos deportes como el fútbol o rugby en donde el grupo somete a uno de los integrantes a situaciones de suma violencia y abuso a partir de que se le otorga el pasaje de una categoría a otra. Estos acontecimientos ofrecen a la grupalidad la oportunidad de alienarse a esa masculinidad dominante ideal en donde el rechazo de la asunción de esos actos conllevaría a un señalamiento por parte del resto y la exclusión grupal por falta de hombría, quedando a su vez desvinculado del género masculino.

11

El otro también cuenta como objeto de amor y de odio. El vínculo que se establece en el grupo de pares varones es posibilitado a partir de una movilización de la libido de meta inhibida que permite fortalecer los lazos en el marco de un vínculo de amistad. Sin embargo, es necesario reconocer que el otro también puede devenir en objeto de odio, expresando cierta agresión a partir de una serie de provocaciones que atentan contra el mismo. “El prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión” (Freud, 1992a, p.108). De este modo, el otro es para el sujeto una vía por la cual satisfacer su goce pulsional.

El otro como enemigo es posible pensarlo en este marco de desarrollo en relación a aquel que representa una amenaza respecto a la propia potencia, produciéndose un enfrentamiento narcisístico. Lo enemigo no es el sujeto en sí, sino lo que ese sujeto representa en términos imaginarios.

En esta captación de orden especular en la cual el sujeto queda atrapado, deberá dar cuenta de su hombría enfrentándose a aquella situación amenazante y temida, la cual puede ser enmarcada en la famosa y conocida „amenaza de castración“.

Se hace evidente una pérdida de capacidad de simbolizar, lo cual produce el pasaje inmediato a la acción. Se desencadena como consecuencia un actuar que no tiene límites que puede llevar hasta el asesinato de estos otros. Ejemplos claros de esta teorización los podemos encontrar también en casos no tan extremos de violencia, sino en diálogos que se presentan en la grupalidad en donde el discurso de cada uno se impone en función de revelar quién de ellos es el más potente y viril.

Por último, si pensamos en el otro como auxiliar en el período de la adolescencia, ya no se trata de contar con la presencia de las figuras parentales para cumplir necesidades vitales, sino de que este otro sea capaz de confirmar la identidad de género de modo que cuenta con la aprobación o no del mismo a partir de la mostración de ciertos actos reproducidos. Los ejemplos de abusos en masa son una demostración de ello. Esta interpretación exige que tengamos que desvincular el acto de la violación de la intimidad, del erotismo, del deseo. No nos encontramos en el plano del deseo sexual, sino de un deseo de dominación, de poder.

Fernández Boccardo afirma: “Ser varón es un título que se adquiere a través de los otros varones” (2018, p.39). Título que no se consigue de una vez y para siempre, y que exige constantemente un „tener que hacer“ frente a los demás. Pienso, a su vez, que si no se ve, se tiene que contar, de manera que quede explícito un discurso cargado de potencia fálica.

La afirmación de Fernández Boccardo puede ser rastreada con mayor profundidad en las teorizaciones de Silvia Bleichmar (2006) en *Paradojas de la sexualidad masculina*,

en donde desarrolla tres tiempos de la constitución sexual masculina, los cuales son pertinentes retomarlos en función de ubicar la relevancia del lugar de los otros hombres en la asunción de la identidad masculina.

El primer tiempo no se sostiene en el reconocimiento de la diferencia anatómica. Se trata de un primer tiempo en donde se instalan los atributos de la cultura, la cual nos determina diciendo „eres niño o niña“; esto conlleva a la espera de ciertas preferencias según el género asignado. El segundo tiempo se encuentra atravesado por el descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos, aquí Bleichmar (2006) plantea:

Esta diferencia ha sido suficientemente teorizada por el psicoanálisis, y respecto a ella sólo diremos que, en el niño varón, el atributo real, biológico, existente en su cuerpo, no es suficiente para constituir la masculinidad genital y la potencia fálica en general. Es necesario, en este caso, y aquí radica la cuestión fundamental que estamos en vías de introducir, que el pene se invista de potencia genital, la cual se recibe de otro hombre. (p.29)

12

Esta cita la considero muy valiosa a nivel conceptual, ya que nos sumerge al núcleo del ensayo. No basta con poseer un pene, sino que es necesario que sea investido de aquella potencia que confirma la masculinidad y ese atributo se recibe de otro hombre, en donde en la mayoría de las veces (en este tiempo) es el padre. ¿Cómo se accede a ese atributo? ¿Es otorgado de una vez y para siempre? ¿Es el padre el único en conceder ese atributo?

En el tercer tiempo de la constitución sexual masculina se definen las identificaciones secundarias, dando lugar a los ideales. En esta instancia se pone en juego qué clase de hombre deberá ser ese niño, viéndose articulado de esta manera las prohibiciones y mandatos de la conciencia moral y los ideales (Bleichmar, 2006).

Este tercer tiempo pone en evidencia aquella instancia del desasimiento de la autoridad parental.

El adolescente entonces tratará de desasirse de las propuestas identificatorias asignadas y, en el mejor de los casos, el camino se presentará despejado y sin trabas para poder experimentar los desprendimientos necesarios en relación al objeto parental (como objeto y como modelo) y tomar las riendas de sus propias palabras.

Esta instancia no puede ser pensada por fuera de un marco de incertidumbre, de vulnerabilidad e inestabilidad que emergen como consecuencia del desencuentro con aquellos significantes amo, pero a su vez, es posible pensarla como una instancia de transformación, crecimiento y nuevas conquistas a partir de los nuevos soportes vinculares exogámicos.

Nos encontramos frente a una conocida paradoja, en la búsqueda de la singularidad e identidad propia que comienza a trazarse en el alejamiento del círculo familiar se establece una uniformidad con sus pares.

Si bien desde el psicoanálisis lo masculino ha estado vinculado a la actividad, en este recorrido ensayístico es posible entrever cómo la masculinidad puede quedar asociada a cierta pasividad respecto al semejante. Se precisa a lo largo de la vida de una figura masculina identificatoria que otorgue los atributos de la masculinidad para poder asumirla cumpliendo con sus exigencias, mandatos y prohibiciones establecidas.

El carácter psíquico de la sexualidad no queda vinculado únicamente a cómo se auto percibe el adolescente sino que guarda una relación estrecha con el aspecto

vincular, aspecto en el cual pareciera definirse si se le puede „dar“ o no aquel atributo masculino.

¿Acaso no es posible hacer un paralelismo entre esta situación de vulnerabilidad identitaria que se presenta en la adolescencia y la presencia de un cuerpo fragmentado en la infancia? En ambos momentos es necesaria la presencia de un otro que mediante una acción simbólica nos confirme, un otro que nos devuelva una imagen de nosotros mismos, solo que en esta instancia el aporte simbólico ya no proviene de los padres sino del grupo de pares: es el tiempo de mirarse en otros espejos.

El reconocimiento del otro en la adolescencia cuenta con características propias y da lugar al concepto de “homosocialidad” como un espacio de masculinización en donde se plantean pruebas de masculinidad.

Los hombres se encuentran bajo una cuidadosa y persistente evaluación. Se miran, clasifican y conceden la aceptación al reino de la virilidad (Kimmel, 1997). Pienso que los actos realizados dentro de un grupo son al modo de un acto enunciativo, dicen algo a alguien. Entonces, ¿qué dicen esos actos y a quién?

Me atrevo a dar por sentado que muchas veces las acciones realizadas en el marco de un escenario grupal masculino no tienen otra finalidad que la de exponer cierta virilidad y actitud de dominio en función de que el otro otorgue el título de la masculinidad. Pero para ello se necesita someter a otros a la categoría de objeto o medio para poder dar cuenta de su hombría. Lugares que son ocupados mayoritariamente por mujeres u otros pares a los cuales se los somete a violencias físicas, psicológicas, sexuales y simbólicas.

La virilidad debe ser pensada como un concepto relacional, constituido ante y para los otros hombres, certificándose mediante el reconocimiento de la pertenencia al grupo

13

de hombres (Bourdieu, 2000). Los actos que llevan a demostrar la virilidad evidencian una complicidad entre pares a partir de la cual se sostienen las diferentes formas de poner en práctica los mandatos masculinos dominantes. Ser hombre implica necesariamente un ejercicio de exposición, de demostración de potencia.

Espectáculo y virilidad quedan entrampados en un mismo accionar repetitivo. Es necesario estar a la vista, pero no de cualquiera, sino de otros pares varones. Se trata de una escena que se monta frente a un público delimitado, los presentes cuentan con los títulos de la masculinidad para ser otorgados en tanto y en cuanto se haya logrado un desempeño sin fallas en cuanto a la asunción de poder y virilidad.

Considero que un ejemplo podría ayudar aún más a ubicar esta problemática. Muchas veces, las personas de sexo femenino, al pasar frente a un grupo que se sostiene y reconoce en una identidad masculina hegemónica, hemos sido partícipes de recibir comentarios indeseados sobre nuestros cuerpos de una manera desubjetivante, que se organizan bajo el modo de acoso sexual.

El enunciado explícito muchas veces es leído como un acto impulsivo de expresarse hacia esa mujer, de comunicarle algo. Sin embargo, estas palabras violentas, inesperadas, no consentidas, no remiten exclusivamente a la intención de transmitir algo a la víctima, sino a generar un efecto en sus pares varones.

Estos otros auxiliares pasan a ser los interlocutores privilegiados. La necesidad tiene que ver con dar cuentas a ese otro, al cofrade, al cómplice, de que es potente para encontrar un reconocimiento de haber cumplido con las exigencias del mandato de masculinidad (Segato, 2018).

Como fue desarrollado previamente, en la adolescencia se puede detectar una búsqueda de ideales, y de respuestas en relación a la sexualidad que se encuentran en los grupos extrafamiliares. Siguiendo la línea de este pensamiento, la necesidad del adolescente varón de estar en regla con ese ideal masculino heteronormativo conlleva a encontrarse en situaciones que le exigen rendimientos con costos riesgosos, afectando

principalmente la posibilidad de asumir una masculinidad libre y diversa.

Es entonces, en la actuación de aquellas prácticas patriarcales frente a los otros semejantes, que el sujeto se reconoce, asume y sostiene como masculino. Una masculinidad teñida de exigencias sociales. Podemos ubicar al desenvolvimiento de estas prácticas como el resultado de un pensamiento binario (se es hombre o se es mujer) del cual hacen uso para definir su propia imagen de sí a partir de las diferencias del otro sexo.

Sin embargo, pareciera que no es suficiente asumir cierta identidad masculina frente a la mirada de otros varones. La demostración de potencia y dominio constante es el recurso predominante utilizado para enfrentarse al miedo respecto a la pérdida de ser reconocido como hombre viril. En palabras de Segato: "El mandato de masculinidad, a diferencia de la feminidad, es un estatus, una jerarquía de prestigio, se adquiere como un título y se debe renovar y comprobar su vigencia como tal" (Segato, 2018, p.42).

En el imaginario social, el hombre puede dejar de ser hombre bajo ciertas circunstancias, por lo tanto debe demostrar que lo „es“ de manera constante para hacerle frente al miedo de „dejar de ser“.

El grupo de varones, por lo tanto, no se presenta simplemente como un espacio de reconocimiento y encuentro, sino que implica, además, sostener ciertas „pedagogías de la crueldad“, concepto definido por Segato (2018) de la siguiente manera: "actos y prácticas que enseñan, habitúan, y programan a los sujetos a transmutar lo vivo y su vitalidad en cosas" (p.13). Crueldad que pasa a ser normalizada para seguir formando parte de una grupalidad y una identidad sexual en donde se sostienen los mandatos de una masculinidad hegemónica patriarcal. Aquí la presencia del otro como enemigo se hace evidente y necesaria para consumir dichos actos.

El desarrollo de este ensayo nos permite pesquisar como los adolescentes son las primeras víctimas del mandato de masculinidad en donde se ejerce la violencia entre pares varones en función de sostener el estatus masculino, siendo fundamentalmente una carga y padeciendo de un modo silenciado. En palabras de Segato (2018): "sufren y

14

no pueden percibir su propio sufrimiento, por lo que tampoco pueden tratarlo. Al no poder expresarlo, cancelan la percepción de su dolor físico y de su dolor psíquico" (p.66). Si bien es posible reconocer que la estructura patriarcal ha ido transformándose dejando atrás ciertos modos de dominación, esto no supone que debamos asumir que se trata de una estructura vencida, sin fuerzas, sino que se presenta de un modo menos desentrañable y es desde nuestra disciplina que podemos visibilizar la intencionalidad de aquellas prácticas.

El desafío estará en que los mismos varones entren en disputa con los mandatos patriarcales, reconociendo que éstos coaccionan su libertad y su deseo. Visibilizando a su vez que la contracara del poder no es el sometimiento, sino la resistencia. Sin embargo, dicho proceso de reconocimiento como sujetos con fallas, barrados, conlleva a pérdidas de estatus sociales privilegiados que no todos se encuentran dispuestos a resignar. Sabemos que para ganar hay que perder.

Reflexiones finales

El hecho de pensar a la masculinidad hegemónica y los procesos identificatorios en la adolescencia desde el campo del psicoanálisis y su articulación con otras disciplinas, señala un posicionamiento respecto a la práctica del psicólogo entendida en el marco de un atravesamiento teórico que lo fundamente y de la lectura de un contexto social-político cambiante, es decir una lectura de época.

El desafío de nuestra práctica implica, desde mi entender, que seamos capaces de desarrollar nuevas perspectivas, repensando y cuestionando ciertos posicionamientos teóricos establecidos, y a su vez exige necesariamente una apertura al diálogo con estudios antropológicos y sociológicos a modo de posibilitar el cultivo de un trabajo interdisciplinario enriquecedor.

No concibo otra forma de abordar esta temática tan compleja sino es por la vía de la interacción con otras disciplinas y mediante un psicoanálisis con perspectiva de género que no deje por fuera ciertas categorías claves para poder pensar los procesos subjetivantes de la época actual.

A lo largo del desarrollo se hace presente un ir y venir en relación al emerger del sujeto en una situación grupal y a la constitución del mismo teniendo en cuenta sus propios fantasmas y defensas. En este intento de articulación respecto a lo social y lo individual me encontré bordeando casi sin querer la pregunta por la capacidad de enlace con los otros y considero que no deja de sorprenderme las distintas formas poco armónicas y siempre desajustadas en las cuales se establece lo vincular.

Si bien la relación con los otros siempre es dificultosa, considero que el proceso de deconstrucción respecto a lo que acontece en ese acto de asunción de masculinidad a modo de espectáculo, en donde el sentido es otorgado a partir de la mirada del otro, ya implica un cambio posible en la construcción de masculinidades no sexistas, diversas y no hegemónicas.

Desestructurar, romper y desarmar estructuras que se sostienen en la adjudicación de un saber y poder en un lugar estático, de fijeza e incuestionable abre caminos hacia la oportunidad de resistirnos hacia aquello que nos oprime. Este proceso de ruptura apuesta al desarrollo de nuevas identidades singulares y colectivas que sean capaces de romper con aquellas identidades subordinadas y alienadas.

Llegar a algunas conclusiones finales puede conllevar al riesgo de cerrar una discusión, que se entiende debería quedar por demás abierta. La pregunta por el género, las masculinidades, la construcción de una identidad, refiere a un campo en permanente movimiento, compuesto por un conjunto de significados siempre cambiantes, en definitiva, significados históricos que no pueden concebirse como estáticos y atemporales.

En ese sentido quizá el objetivo de las articulaciones que han recorrido este trabajo, sea el de repensar las distintas posiciones que se encuentran hoy a nuestro alcance a la hora de preguntarnos por la constitución del género masculino y elaborar hipótesis como herramientas para abrir caminos hacia la transformación social y singular.

Referencias bibliográficas

Bleichmar, S. (1995). Las condiciones de la identificación. *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapias para Graduados*, 21, pp. 201-219. Buenos Aires.

----- (2005). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía. -----

(2006). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós. Butler, J.

(2006). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Fernandez Boccardo, M., (2018). *Masculinidades y mandatos del patriarcado neoliberal. Una lectura psicoanalítica con perspectiva de género*. Buenos Aires: Editorial Entre Ideas.

Firpo, S. M. (2013). *La construcción subjetiva y social de los adolescentes. Vigencia del psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.

Freud, S. (1985). *Tres ensayos de teoría sexual*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Sigmund Freud: obras completas (Vol. 7, pp. 109 – 224). Buenos Aires: Amorrortu.

----- (1991). *Tótem y tabú, y otras obras*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Sigmund Freud: obras completas (Vol. 13, pp. 57 – 140). Buenos Aires: Amorrortu.

----- (1992a). *El malestar en la cultura*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Sigmund Freud: obras completas (Vol. 21, pp. 57 – 140). Buenos Aires: Amorrortu.

----- (1992b). *El yo y el ello, y otras obras*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Sigmund Freud: obras completas (Vol. 19, pp. 1 – 63). Buenos Aires: Amorrortu.

----- (1997). *Psicología de la masas y análisis del yo*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Sigmund Freud: obras completas (Vol. 18, pp. 63 – 127). Buenos Aires: Amorrortu.

Horstein, L. (2011a). *Autoestima e identidad. Narcisismo y valores sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

----- (2011b). *Las depresiones. Afectos y humores del vivir*. Buenos Aires. Paidós

Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor y vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago de Chile: Ediciones de las Mujeres.

Le Breton, D. (2003). La vida en juego, para existir. En D. Le Breton (Ed.), *Adolescencia bajo riesgo*, (pp.25-46). Montevideo: Trilce

Lerner, H. (2015). Ser o estar adolescente. Interrogantes y cuestiones de la contemporaneidad. En M. C. Rother Hornstein (comp.), *Adolescencias contemporáneas. Un desafío*.

Manoni, O., Deluz, A., Gibello, B., Y Hebrard, J. (1991). *La crisis de la adolescencia*. Barcelona: Gedisa.

Palazzini, L. (2008). Movilidad, encierros, errancias: avatares del devenir adolescente. En M.C. Rother Horstein (comp.), *Adolescencias: Trayectorias turbulentas*, (pp. 137-160). Buenos Aires: Paidós.

Rother Hornstein, M. C (2008). Entre desencantos, apremios e ilusiones. Barajar y dar de nuevo. En M.C. Rother Hornstein (comp.), *Adolescencias: Trayectorias turbulentas*, (pp. 117-136). Buenos Aires: Paidós.

Segato, R., (2018). *Contra-pedagogía de la crueldad*. Buenos Aires. Prometeo

Libros.